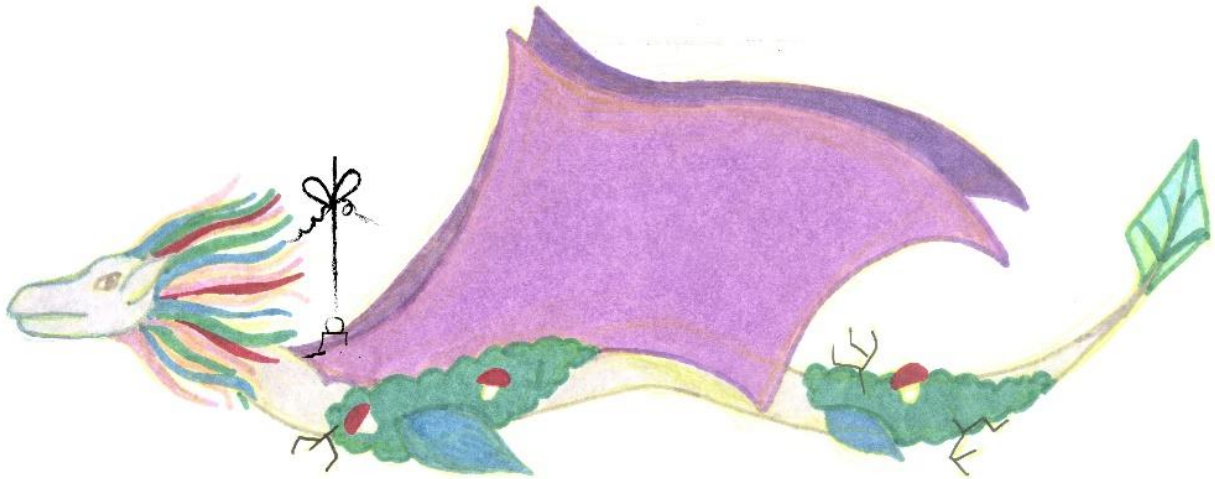


El primer vuelo de Quetzal



- Jaime, ¿has cogido tú mi Quetzalcoatl?
- Sí, quiero colgarlo yo en el árbol de Navidad.
- Dame, lo cuelgo yo, aún eres demasiado pequeño.

En la habitación empieza la pelea, como siempre. La hermana mayor María trata de pillar a su hermanito menor Jaime para arrancar su favorita decoración – una figurita de diferentes colores del Dios principal de los aztecas Quetzalcoatl - sea una serpiente con plumas, o un pájaro con una cola de serpiente. Los niños corrían alrededor del árbol navideño, por poco lo dejan caer. Si no fuera por la abuela que, según la tradición familiar mejicana, al escuchar el ruido, se metió a la habitación con una pantufla en la mano, tratando de separar a los niños, sin duda habrían roto algo.

- ¡Oh, cuanto duele, oh no! ¡Para! ¡Es ella la que ha empezado!
- ¡¿Yo?! ¡Mentira! ¡Él tomó mi Quetzal sin permiso aunque no sabe dónde colgarlo bien!
- ¿Lo sabes tú? – preguntó la abuela, al mirar al juguete con recelo.

- Sí, yo lo sé. Si lo colgamos junto a la estrella, ella oirá su deseo y lo cumplirá.

- ¿Sabes lo que quiere? -pregunta Jaime.

- ¡Por supuesto! Quiere volar.

- Vamos, niños, dejad de soñar, colgad a su Quetzalcoatl e id a la cama. Hoy es la noche de Navidad, - les detuvo la abuela y agregó susurrando: - la noche más mágica del año. María colgó el juguete casi en la parte más alta del árbol de Navidad. Los niños se lavaron y fueron a dormir.

Era una noche clara de diciembre, una verdadera noche de Navidad, como de un cuento de hadas. Las estrellas se alternaban en el cielo negro. De repente, un rayo de una de las estrellas más brillantes se deslizó por el bosque lejano, después por el columpio en el patio de la casa, luego se asomó a la habitación y se acercó al árbol de Navidad. Allí rozó



una bola de ornamento finlandés, se deslizó por una campanita dorada y un carámbano de plata y ¡se detuvo cerca de la figura de Quetzalcoatl colgado en lo alto del árbol de Navidad! El polvo de estrellas se disparó iluminando toda la habitación y



- ¡Estoy volandooooo!!!!!! – gritaba Quetzalcoatl, planeando encima de las montañas, de los lagos, de los ríos, - ¡Estoy volando!!!!!!

A lo lejos aparecieron los contornos de las pirámides de Teotihuacán. Ahí es donde nuestro héroe se aspiraba. Quería volar donde más lo veneraban, amaban y protegían - al Templo de Quetzalcoatl ubicado en la ciudad de los antiguos aztecas, una pirámide que hasta hoy día guarda muchos secretos y misterios. Se acercó a la pirámide y aterrizó en uno de sus escalones. Tenía muchas cabezas similares a él que adornaban las murallas de la pirámide.

- Me siento bien con vosotros. Me quedaré aquí para estar siempre a lado.

María se despertó del fuerte llanto de su hermano:



- ¿Dónde está? ¿Dónde está???

Abrió los ojos y vio por qué lloraba Jaime: ¡no estaba Quetzalcoatl en el árbol! Pero María no lloró, ella sabía que la estrella de Navidad había cumplido el deseo más grande de su amigo – una figurita del dios azteca, y él se había volado a algún lugar.

Una semana después, durante las vacaciones de Navidad, María junto con su clase fueron de una excursión a Teotihuacán. El recorrido fue muy interesante. Todos los niños escuchaban atentamente, menos María, que, sin mirar la pirámide, estaba hablando con algien:

- Hola, aquí estás. Yo lo sabía. Espero que ahora estés feliz con tu familia. Ven a visitarnos de vez en cuando. ¿De acuerdo?

Entre muchas cabezas de Dioses Principales de los aztecas que adornaban la pirámide de Quetzalcoatl, la niña encontró a su amigo – la figurita de Quetzalcoatl que antes adornaba su árbol de Navidad.

Sofía Samoray y Zeinalova Elisaveta (6K)

